

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 252.

MADRID 18 DE SETIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



EL TORMENTO DEL AGUA.

Dos clases de tormento se usaban en el distrito de Paris; el *del agua* y el de los *brodeguins* (borceguies). Este último tormento consistía en colocar cada uno de los pies del acusado entre cuatro tablas que se ataban fuertemente, de forma que quedasen paralelas; en seguida se colocaban cuñas entre las dos del medio, las que se oprimían á mazadas. Para la cuestion extraordinaria habia ocho cuñas, para la ordinaria solo cuatro.

La cuestion del agua merece describirse con detalles, lo que vamos á manifestar esta textualmente extractada de la ordenanza criminal dada por Luis XIV en 1670 y de la memoria instructiva remitida en 1700 por el tribunal del parlamento de Paris á los diferentes juzgados de su distrito.

«En la *sala de cuestion* un médico certificará si el acusado es apto por el estado de su salud para sufrir la *cuestion del agua*. Hecho esto se atará al acusado por los puños con cuerdas de un grueso regular sujetas á dos aldabas pendientes de una de las paredes. En la pared opuesta se hallarán igualmente otras dos aldabas que sujetarán gruesos cordeles, con los que los pies del acusado que quedará suspenso horizontalmente á tres pies de distancia del suelo, se atarán separados uno de otro por cima de los tobillos. En este estado se le interpelará á que diga la verdad.»

«Si no lo ejecutase, un hombre que acompañará al cuestionario, sostendrá la cabeza del acusado un poco baja y le pondrá en la boca un asta á fin de sostenerla abierta. El cuestionario tomando la nariz del acusado se la estrechará, aunque alojándola de cuando en cuando á fin de permitirle respirar, y teniendo un poco elevado el jarro del agua, la derramará con lentitud sobre la boca del acusado. Cuatro jarros de á dos azumbres cada uno se le harán tragar para la cuestion ordinaria, y ocho para la extraordinaria. En el invierno se hará templar un poco el agua. Si hace mucho frio la cuestion de los borceguies reemplazará á la del agua. Una y otra se suspenderán en caso de imposibilidad del acusado; pero si la cuestion en vez de preparatoria es decretada como complemento de una sentencia de muerte ya pronunciada, se aplicarán los borceguies en cualquier estado del paciente, mediante á que es un cuerpo confiscado y que las ejecuciones de muerte no pueden diferirse.»

S. P.

EL ALFILER.

VI.

Luisa habria sucumbido bajo el peso de su

dolor, sino hubiese abrigado sentimientos religiosos; una fé viva y sincera y una conviccion profunda y verdadera. No dudó un instante que el alma de su hijo dejase de ser inmortal. Invocaba al cielo la misma proteccion en favor del ángel á quien habia consagrado la suya mientras estuvo en la tierra. Se deleitaba con la meditacion y el rezo, porque este le unia á su muy amado hijo. Entre tanto, agotadas sus lágrimas, la espresion de su dolor era muda y sombría.

El bueno de Mr. Germot, que solo hallaba la posibilidad del consuelo en el olvido, buscaba todos los medios de distraerla.

— Vos la matais, le decia el doctor, yo nada tengo que prescribir; la ciencia es impotente, y todos vuestros consuelos no hacen mas que encender el fuego que la consume. Os empeñais en atacar su dolor y debiais mas bien aplicaros á darle salida. Habladla constantemente de su hijo, y recordadla la pérdida que ha experimentado. Pero para la indiferencia en que me escucháis, conozco que es preciso tome yo vuestro lugar.

Al dia siguiente llegó el doctor á la hora que tenia por costumbre, y se acercó á Luisa. La encontró sentada en un sofá, inmóvil, con los ojos fijos y distraidos. Luego que entró hizo un movimiento de cabeza á manera de saludo, pero no la miró como si temiese distraerla de sus pensamientos.

Se sentó cerca de ella, le apretó la mano, y guardó silencio.

Luisa miró con reconocimiento la prudencia del doctor de no hablarle como lo hacían los otros: levantó los ojos sobre él, paseó sus miradas por el cuarto: y de repente volviéndolas sobre ella misma, parecía decirle, estoy sola ahora.

El doctor vivamente conmovido, no le respondió sino con una señal de inteligencia, después poco á poco, aventuró algunas palabras.

Aquellos que os aman no os comprenden, la dijo en fin; pero, ¿qué queréis? Cada uno sufre de distinto modo. Unos buscan la distracción, otros el olvido, y yo por el contrario me complazco con el dolor. Yo también he experimentado largas pérdidas, y estas eran para mí mas amargas que para los demás, puesto que las lloraba aun antes de que hubiesen sucedido. Pues bien, yo no he encontrado jamás, no diré consuelo, pero ni aun alivio á mi dolor, sino recordándolo continuamente.

Alivios! no los hay, dijo Luisa, con voz alterada.

— Perdon, para mí lo hay. He perdido una excelente madre, dos buenos hijos; y el religioso respeto con que venero sus cenizas es para mí un culto, casi una unión con ellos. Yo digo para mí: allá de lo alto mi madre ve que nunca la olvido. Hace ya muchos años, y no pasa una sola semana sin que robe algunos instantes á mis deberes, para gozar de este triste consuelo.

Luisa hizo un movimiento pausado, se volvió hacia el doctor y le arrojó una mirada penetrante.

— Eso es muy loable, respondió con sencillez; yo pienso ir hoy. Queréis acompañarme? Dos personas que padecen se avienen perfectamente.

Luisa volvió á mirarle.

— Es menester que me prometáis tener juicio, la dijo en voz baja, porque de otro modo me haríais volver aquí.

Luisa dió á conocer en sus ojos que le había entendido. El doctor la condujo suavemente y salieron.

Un carruaje los aguardaba, subieron á él, y después de media hora de camino, paró cerca de una puerta grande encima de la cual se veían algunos atributos funerarios. Entraron, y tomando por la derecha comenzaron á subir una cuesta bastante pendiente. De ambos lados la ruta estaba orlada de sepulcros. Cipreses, floridos rosales y coronas revelaban la duración del sentimiento. Pero los sepulcros que acababan de construirse eran los que estaban mas cargados de memorias funerales. Las losas de algunos se habían ennegrecido con el tiempo; porque si eran aun visitados, no obstante se conocía claramente que manos mercenarias los cuidaban. Los mas antiguos estaban cubiertos de musgo y de malezas. Permanecían olvidados; bien que en el primer momento del dolor se había adquirido su propiedad.

(Continuará.)

SEPULCRO DE UNA MADRE.

«Tombeau, cher entretien d'une douleur amère!»
(Lamartine. Harmon. 1. 3. harm. 7.)

I.

Era la noche: con fragor violento

Las playas azotaba el ronco mar,
Y en los pinos zumbaba el sordo viento
Cual lejano tumulto popular.

De opacos nubarrones denso manto
Velaba de la luna el resplandor,
Y el trueno rebramando nuevo espanto
De la noche añadia ciego horror.

Con precito ademan despavorido
Vagaba yo en la negra oscuridad,
Al primer homicida parecido
Huyendo del lugar de su maldad.

Erizado el cabello de mi frente,
Convulso de las fibras el latir,
Al cielo osó mi labio delincuente
Con satánica rabia maldecir.

Y de la vida con feroz despecho
Delirante mi lengua blasfemó,
Y el sangriento puñal contra mi pecho
Frenética la mano dirigió:

Mas al blandir el hierro suicida
De súbito relámpago á la luz,
Vi sobre humilde túmulo erigida
Por religiosa mano tosca cruz.

Y un jóven que lloroso al sumo cielo
Invocando con fervida oracion
Al padre de afligidos un consuelo
Pedía á su quebranto y afliccion.

Hirió mi pecho su dolor agudo;
Detúvose á su voz mi incierto pié;
Y entre los silbos de aquilon sañudo
Sus doloridos ayes escuché.

II.

«Yaces ¡oh Madre! de la tumba fria
En la augusta mansion, y en mis oídos
No suena ya, cual resonar solía,
El eco de tu voz.

«Yaces, y en vano mi angustiado acento
Mil y mil veces tu adorado nombre
Repito enagenado. .. mi lamento
Ya no puedes oír.

«En vano en mi dolor tu ayuda imploro:
Mi voz rechaza el mármol del sepulcro....
¿Quién de mis ojos el ardiente lloro
Enjugará de hoy mas?

«¿Dó están, dó están los días de ventura
Que á tu lado gocé? ¡funesta suerte!
Solo pesar y llanto y amargura
Me cercan en reedor!

«Que de la muerte atroz la planta helada
Holló tu frente, y al morir dejaste
En amarga orfandad, abandonada,
Mi tierna juventud.

«¿Dó están los ojos que en mi faz serena
Reflejaban su luz? ¿Dó aquellos labios
Que juntaba á los míos tu alma llena
De júbilo y placer?

«¿Dó están ¡ay Dios! los cariñosos brazos
Que mis débiles miembros estrechaban
Con delirio de amor? ¡Amados lazos,
Ya jamás me atareis!

«¿Dó está aquel seno que feliz guarida
Nueve meses me diera? ¿Dónde, dónde
El pecho está, do la inocente vida

Con la leche bebí?

«Yacen ¡ay! sin accion: que ya no escita
La voz del infortunio su alma noble,
Ni al llanto del dolor tierno palpita
Su amable corazon!

—«Y tú, Dios mio, que en la tumba hundiste
A la madre que amé, por quien vertiera
La sangre de mis venas, y pusiste
Un mundo entre ella y yo;

«Tú que con lauro eterno coronaste
De su alma sin mancilla la fé pura,
Del huérfano infeliz, que acá dejaste,
Oye la peticion!

«Sé tú mi padre ¡oh Dios que al desgraciado
Tiendes el brazo protector, y logre
Al sepulcro mi espíritu angustiado
Sin mancha descender.

«Y de mi madre á la ceniza fria
Unase mi ceniza, cual estuvo
Mi existencia á la suya unida un día
En su seno de amor.

«Y cuando suene el imperioso acento
Que el polvo de la huesa reanime,
Y los montes arranque de su asiento
Del arcángel la voz.

«Unidos á la vida volveremos
Que nunca ha de acabar, y en dulce lazo
Las delicias unidos gozaremos
De la Sacra Salen.»

III.

Así dijera el jóven reverente.
La tosca cruz del túmulo besó,
Y el Angel del Señor su ruego ardiente.
Al trono del Altísimo llevó.

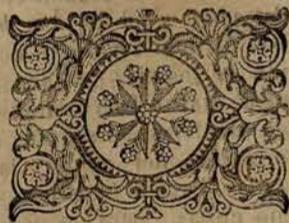
Y al resonar en mi agitado pecho
Eco puro de amor y de virtud,
Mi corazon en lágrimas deshecho
Moderó su frenética inquietud.

Que también de una madre cariñosa
El alma tierna palpité por mí,
Y del sepulcro la funesta losa
Sobre su yerta frente caer vi.

Y entre escabrosas peñas olvidada
Yace en la humilde tumba la muger,
Que hije un tiempo llamándome estasiada
Me estrechára en su seno de placer,

Mientras errante en extranjero suelo
A merced de un destino engañador,
No puedo ¡triste! en mi profundo duelo
Su túmulo adornar con una flor!

F. G. F.



TEATROS.

CRUZ.

A las ocho de la noche.

Se dará principio con una buena sinfonia, y en seguida se ejecutará la comedia nueva en dos actos, traducida del francés, titulada:

EL GALAN INVISIBLE.

PERSONAJES.

ACTORES.

Ára. Sras. Perez.
Rebeca. Smpelayo.
Catalina. Duran.
Marco. Sras. Lombía.
Prioti. Caltañazor (D. V.)

Donato. Aznar.
Mascorini. Torreba.
Francisco. Reyes (D. Miguel)
Jacobo. Rada
Oficial 1.º Caltañazor (D. H.)
Idem 2.º Lamadrid.
Postillon. Relano.

Seguirá un escogido baile nacional, y á continuacion se ejecutará la graciosa pieza en un acto hace años no representada y en la que el señor Lomba desempeñará el principal papel, titulada:

RETASCON BARBERO Y COMADRON.

PERSONAJES.

ACTORES.

Marta. Sras. Smpelayo.

Mundeta. Lapuerta.
Retascon. Sras. Lombía.
Gallardet. Caltañazor (D. V.)
Pereda. Lopez.
Cárdenas. Aznar.
Dando fin á la funcion con otro baile nacional.

PRINCIPE.

A las 8 de la noche.
1.º Sinfonia.
2.º La comedia de magia, en tres actos, titulada:
EL ASOMBRO DE JEREZ JUANA LA RABICORTONA,

exornada en coros, decoraciones y acompañamientos del modo que su argumento requiere, y en la que el primer actor don Antonio de Guzman desempeñará el papel de gracioso.
3.º Intermedio de baile nacional.
4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

CIRCO.

A las ocho de la noche.

LA SILFIDE.

Gran baile en dos actos.

IMPRESA DE BOIX.